

HACIA UANHERMENÉUTICA POÉTICA UN DIALOGO CON MAURICIO BEUCHOT

Rosario Herrera Guido
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

A Mauricio Beuchot, por el diálogo

Cuantas veces advertí a quienes están en control conmigo cuando me dicen —Creí entender que el quería decir esto o aquello— les advertí que una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado, comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto. No es lo mismo interpretar que imaginar comprender. Es exactamente lo contrario. Incluso diría que las puertas de la comprensión analítica se abren en base a cierto rechazo de la comprensión.

Jacques Lacan, *Les écrits techniques de Freud*

1. La hermenéutica analógica y la experiencia psicoanalítica

Lo que me ocupa en este ensayo es pensar en la posibilidad de una hermenéutica poética que logre dialogar con la experiencia psicoanalítica. Para semejante tarea voy a seguir a Mauricio Beuchot, quien a partir de su hermenéutica analógica, y de la herencia de Ricoeur, se propone leer la experiencia psicoanalítica. Como una extensión de estas reflexiones críticas voy a hacer algunas consideraciones que la hermenéutica debe tomar en cuenta para que se pueda aproximar a la experiencia analítica sin tratar de asimilarla o comparada con los principios y fines del quehacer hermenéutico.

Beuchot sostiene que la hermenéutica analógica es una alternativa entre el univocismo y el equivocismo, aunque la analogía es un punto intermedio que privilegia al segundo, que posibilita la validez de las interpretaciones clausuradas por el univocismo y limita la validez de las interpretaciones equivocistas, haciendo posibles varias interpretaciones válidas, que puedan ser medidas y controladas de conformidad con el texto y el autor. Como tras la pretensión univocista del cieotificismo ha seguido la equivocidad y la dispersión del sentido, Beuchot considera que se requiere una interpretación abierta, pero que no renuncie a la unidad. Puesto que algunas interpretaciones se acercan o se alejan a la verdad del texto, se requiere delimitar el campo de la interpretación: una hermenéutica analógica inspirada en la enseñanza de Aristóteles, Tomás de Aquino y los pensadores actuales que han alimentado la doctrina de la significación y la predicación analógica. Desde sus fuentes griega y medieval, la analogía conduce hacia el encuentro de lo semejante en las cosas, teniendo presente que priva la diversidad. Beuchot propone una hermenéutica analógica que respeta la diferencia pero no renuncia a la semejanza que aspira a la universalización. Una hermenéutica que tiende vínculos con la metafísica, la ontología, la ética y la antropología, y que pretende aplicaciones prácticas a la filología clásica, a la semiótica y al psicoanálisis freudiano.¹

Beuchot concibe la hermenéutica como el arte y la ciencia de la interpretación de textos (que van más allá de la palabra y el enunciado), a los que califica de hiperfrásticos, y que exigen ser interpretados, ya que la hermenéutica interviene donde surge la polisemia. La hermenéutica fue asociada a la *sutileza* por Tomás de Aquino, como interpretación del sentido superficial para acceder al sentido oculto, o como el encuentro de varios sentidos ahí donde se suponía que sólo había uno, superando la univocidad y la equivocidad para alcanzar la analogía. El fin de la hermenéutica era encontrar el sentido auténtico, la intención del autor en el texto mismo. Una interpretación en la que confluyen: 1) el texto, con el significado que encierra y transporta; 2) el autor; y 3) el lector o intérprete, que debe descifrar el significado que el autor le da al texto, dándole un sentido propio. La hermenéutica descontextualiza y recontextualiza con

el fin de acceder a la contextualización, luego de analizar y elucidar el texto. Dado que las ciencias se han reconocido por su objeto, la hermenéutica tiene por objeto el texto o lo que es susceptible de textualizar (hay un paso del texto al escrito y al diálogo según Ricoeur). Los medievales concibieron el mundo como un texto, y a Dios como su autor. El objeto de la hermenéutica es la textualidad a decodificar y contextualizar. La finalidad de la interpretación es comprender a través de la contextualización; interpretar es contextualizar. Situar un texto en su contexto evita la incomprensión que surge de la descontextualización. Por todo ello es que la hermenéutica conlleva supuestos metafísicos, antropológicos y éticos.

Beuchot pone a consideración la científicidad de la hermenéutica a partir de ciertos principios que permiten estructurar la interpretación de los textos. Aliado de Aristóteles, sostiene que el arte o la técnica, como conjunto de reglas que se incrementan a partir de la experiencia, puede ser asumido por la interpretación, cuya aplicación responde a los principios y leyes de la hermenéutica como ciencia. Beuchot parte de Aristóteles, quien habla de la ciencia como el conocimiento que estudia lo verdadero y lo necesario, y del arte como lo verosímil (*eikós*) y la creación. La hermenéutica es cultivada en el terreno de la lógica aristotélica, como *hermeneia*, ciencia y arte de comprender el argumento; pero la hermenéutica se ha desprendido de la lógica. Por lo que la hermenéutica no se dedica a dar recetas para interpretar sino que eleva a sistema sus conocimientos sobre la base de la interpretación.

La finalidad de la hermenéutica —estima Beuchot— es traductiva; interpretar es traducir en dos niveles: 1) la teoría de la interpretación como doctrina (la hermenéutica pura o *docens*); y 2) la práctica de la interpretación en tanto instrumento de la interpretación (la hermenéutica aplicada o *utens*). Lo fundamental para la hermenéutica es la teoría, pues de ella se desprende la practicidad. Por lo que Beuchot se apoya en Aranguren, quien sostiene que toda teoría es praxis y *poíesis*. Como la hermenéutica participa de la lógica posee una doble faz, es formal y material. No es puro formalismo, sino contenido vivo, que se conoce y ordena en la interpretación, como en el acto prudencial. Beuchot concibe la hermenéutica *utens* como metodología, dado que el método de la hermenéutica realiza,

a partir de la interpretación viva, una inducción para derivar por deducción analógica sus leyes a las cosas concretas; incluso por abducción, conjetura o hipótesis, según Pierce. Ante el caso concreto, la hermenéutica analógica exige la prudencia o *phrónesis*. La hermenéutica es teórica y práctica, por lo que es primordialmente teórica y secundariamente arte; de su estatuto epistemológico de ciencia se deriva como arte. Beuchot promueve una hermenéutica sincrónica y otra diacrónica, de acuerdo con la búsqueda de la sistematicidad o historicidad del texto. Del mismo modo, la hermenéutica sintagmática y la paradigmática, de conformidad con la linealidad horizontal o la contigüidad vertical, en tanto lecturas en superficie o en profundidad.

Beuchot, a cierta distancia de Andrés Ortiz-Osés, propone una metodología de la hermenéutica que constituye los tres pasos de la sutileza (*subtilitas*) trasladados a la semiótica: 1) la *subtilitas intelligendi*, asociada a la semántica (significado textual), que llama *subtilitas implicandi*, designa a la sintaxis y corresponde a la semiótica; 2) la *subtilitas explicandi* que indica la sintaxis (significado intertextual) y que asigna a la semántica (que va al significado del texto pero no como sentido sino como referencia, real o imaginaria, el mundo del texto, en relación con los objetos); y 3) la *subtilitas applicandi* o pragmática (significado contextual), que apunta a la intencionalidad del hablante, escritor o autor, que se inserta en el contexto histórico-cultural y en el intérprete (el campo hermenéutico). Beuchot juzga que el primer paso considera el significado textual, intratextual e intertextual, en la medida en que el significado sintáctico se presupone primero, pues sin él no hay semántica ni pragmática. Se trata de momentos que coinciden con tres tipos de verdad del texto: 1) una verdad sintáctica, en tanto que coherencia intratextual (interior al texto), intertextual (con otros textos); 2) una verdad semántica como correspondencia con la realidad (presente o pasada) o con un mundo posible (futuro o imaginario) al que el texto refiere; y 3) una verdad pragmática que se refiere a la convención entre los intérpretes, incluyendo al autor, en relación con la interpretación, no obstante los ingredientes extratextuales subjetivos o colectivos. Aunque Beuchot advierte que esta metodología no es hermética ni estática, afirma: “Con la aplicación pragmática se lle-

ga a esa objetividad del texto que es la intención del autor (*la intentio auctoris*)".²

En la interpretación confluyen el autor, el lector y el texto. Si se privilegia al lector tenemos una lectura subjetivista, que de radicalizarse conduce a la arbitrariedad. Si se prioriza al autor estamos ante una lectura objetivista, que de exagerarse aspira al imposible, pues no se puede conocer al autor mejor que él mismo. Estas dos posiciones gestan un conflicto entre lo que se quiere decir y lo que se desea leer, y ante las que Beuchot propone una mediación prudencial y analógica a través de la cual la intención del autor se preserva con la máxima objetividad sin anular la intencionalidad subjetiva, ya que la intención del texto se encuentra en el cruce de ambas intencionalidades. Como el autor quiso decir algo y el texto le pertenece, merece respeto. Aunque el texto pierde su prístina intencionalidad al encontrarse con la del lector, que le hace decir algo más. Por ello la verdad del texto es dialéctica, pues está conformada por la verdad del autor y la verdad (significado) del lector. Ante un texto lo primero que debemos hacer es buscar el contexto, a fin de conocer o adivinar la intencionalidad del autor (su identidad, momento histórico, condiciones psicosociales o culturales, (lo que lo llevó a escribirlo y para quienes). A más conocimiento del autor y del lector se tenga, mayor será la calidad de la interpretación. En la interpretación hay un texto que contiene un significado transmitido por un autor y recibido por un lector o intérprete. El autor imprime un mensaje y una intencionalidad al texto, que tiene un significado que está realizando una intencionalidad a través de un doble aspecto: connotación y denotación, intensión y extensión, sentido y referencia. En condiciones normales el texto tiene un sentido y un referente. El sentido es susceptible de ser entendido o comprendido por el lector, escucha o espectador; la referencia se dirige al mundo, real o ficticio, producido por el texto.

Considero que ya desde estas proposiciones surgen las primeras dificultades. Esta terminología y sus aplicaciones son inadecuadas para hablar de la experiencia psicoanalítica. En el análisis no hay autor ni lector; el analizante y el analista son atravesados por el discurso inconsciente. Esto dificulta hablar de lectura subjetivista y arbitraria, en la que el lector

(el analista) le hace decir algo más al analizante, pues se lee al pie de la letra lo que se escucha que se escribe de significante. Por lo que sería ocioso hablar en psicoanálisis de prudencia. En psicoanálisis no hay verdad del autor y del lector que deben resolverse dialécticamente, sino verdad del significante, que gracias a su equivocidad hace escuchar otra cosa en lo que se dice. No hay contexto (identidad, momento histórico, condiciones psicosociales o culturales) desde el que se pueda conocer o adivinar la intencionalidad del “autor” (analizante). La calidad de la interpretación analítica depende de la lectura puntual de los deslices del habla, las homofonías y los equívocos, que hacen emerger algo de la verdad del sujeto. En la experiencia analítica la interpretación no se dirige al sentido sino a la verdad del sujeto del inconsciente, que es autenticada por el referente en la situación analítica, el Otro, el código o tesoro de los significantes.

Según Beuchot, la finalidad de la interpretación es comprender y contextualizar el texto. Lo primero que surge ante el texto es una pregunta interpretativa, que exige una respuesta interpretativa, una hipótesis o una tesis a comprobar, a través de una argumentación interpretativa. La pregunta interpretativa se dirige a la comprensión, al significado del texto. La pregunta es un juicio prospectivo, un proyecto. Sólo cuando se resuelve la pregunta se puede hablar de un juicio efectivo. La pregunta interpretativa se resuelve por medio del juicio interpretativo o hipótesis, que tras una serie de conjeturas hipotético-deductivas alcanza el estatuto de juicio categórico y de ley. Como la interpretación es un hábito y una virtud (teórica y práctica), y su enseñanza es problemática, surgen las escuelas de interpretación. Y es que se puede aprender el hábito de la buena interpretación (*virtus hermeneutica*). Al hermeneuta nato la técnica o el arte de interpretar le sirve para perfeccionar su virtud. El que no es intérprete por naturaleza debe aprender el arte de la interpretación estudiando e imitando los buenos paradigmas hasta superar a los maestros y su propia tradición.

Permítanme matizar. La finalidad de la interpretación analítica no es comprender y contextualizar el texto. La interpretación analítica indica por medio del enigma el objeto que es causa del deseo y anima la estructura

discursiva por la que el sujeto se historiza, y que por la insistencia de ese deseo, abre la consonancia del decir con el goce. La interpretación analítica es una formación del inconsciente que no sólo no requiere sino que le estorban las conjeturas hipotético-deductivas. Algunas formas de interpretación e intervención analítica no deben entenderse como paradigmas a seguir. El psicoanálisis tiene su fundamento epistemológico en la lingüística de Saussure, pero subvertida. Ello no impide que mantenga con la poética un diálogo singular, de tal modo que al seno de su intento por constituirse como ciencia se introduzcan esos aspectos poéticos que reclama este texto. Ciertamente es necesario superar los paradigmas de interpretación con una *tejné-poíesis* siempre renovada, para que no se convierta en un *clisé* y ya no sorprenda al inconsciente.

Como para Beuchot la interpretación se encuentra desgarrada históricamente entre el esclarecimiento del significado intencional del autor (cuya naturaleza objetiva o esencia es independiente de la interpretación) y la interpretación infinita, propone una solución intermedia que extrae de la doctrina medieval de la analogía, y se coloca entre la univocidad y la equivocidad. Mientras lo unívoco es lo que se predica de un conjunto de cosas en sentido idéntico, en el que no cabe la diversidad (Pedro, Juan y Pablo son hombres), lo equívoco es lo que se dice de un conjunto de cosas en sentido diverso (como gato es un animal, un instrumento y una persona). Lo análogo es lo que se predica de un conjunto de cosas en sentido idéntico y diverso, con predominio de la diversidad, pues es diverso de por sí, y es idéntico secundariamente. Actualmente la hermenéutica es amenazada por la tesis que afirma desde un relativismo absoluto que todas las interpretaciones son válidas. A ello se opone la tesis de que sólo una interpretación es válida o verdadera. La interpretación unívoca que es la captación mecánica y directa de sentido, niega la hermenéutica, que sólo opera en la polisemia; como no da lugar al múltiple sentido tampoco permite la interpretación y la hermenéutica. No se puede postular que sólo hay una interpretación sin caer en contradicción, pues es decir que no hay interpretación, lo que es en sí mismo una interpretación. Que todo es relativo en sí mismo es un enunciado absoluto. En cambio, la analogía es una universalidad restringida y una diversidad

extendida. La analogía pretende evitar la identificación simplificadora, la mismidad parmenídea, evitando la equivocidad, la diferencia heraclítea. De lo que se colige que los extremos se tocan: el univocismo es un monolitismo, y el equivocismo es un univocismo.

Pero Beuchot, al decir que la interpretación está desgarrada históricamente entre el significado intencional del autor y la interpretación infinita, descuida la diferencia entre el enunciado y la enunciación, entre el decir y el dicho, que permite distinguir al consciente del inconsciente, pues una cosa es lo que se dice (enunciado) y otra la que se escucha (enunciación), es decir la dimensión del inconsciente; al no tomar en cuenta el campo de la enunciación, donde se escucha al pie de la letra otra cosa en la cadena significante misma, se limita al campo del sentido, el significado, la comprensión y la psicología. Asimismo, al colocar la analogía entre la univocidad y la equivocidad, Beuchot debe postulada como multívoca, dado que en la hermenéutica analógica prevalece la equivocidad, aunque sin renunciar a la univocidad. Es esta tendencia hacia la univocidad lo que distancia a la hermenéutica analógica del inconsciente freudiano y lacaniano (que es un no-saber del que no se puede saber todo). Si en la hermenéutica analógica en realidad prevaleciera la equivocidad, tendríamos acceso a cierta dimensión poética, indispensable para la lectura del inconsciente. Pero al identificar lo equívoco con el sentido diverso, descarta la polisemia del significante (gato como animal, instrumento y persona), que es como se expresa el inconsciente y como se escucha en su polisemia algo de la verdad del deseo del sujeto. Es este proyecto de reunir el sentido idéntico y el diverso, a través de la analogía, lo que impide leer el inconsciente al pie de la letra. El escollo en el que se encuentra la hermenéutica analógica aplicada a la experiencia analítica, se debe a que está circunscrita a la lectura del sentido (significado) del texto, olvidando que la auténtica escucha del inconsciente, desde Freud y Lacan, debe atender al deslizamiento del sentido, a partir de la lectura de la cadena significante, que introduce el sinsentido. Un obstáculo significativo es aferrarse a la supuesta finalidad del análisis de “hacer consciente lo inconsciente”, puesto que el análisis no debe ni puede tener como proyecto desaparecer el inconsciente, pues no es posible abrochar el

significante al significado. En la experiencia analítica, la interpretación válida es la que tiene por referente al Otro (orden simbólico), basada en la escucha de lo que se escribe de significante, que apunta a lo real del goce, que es apalabrado y colado por la red significante. Ciertamente la interpretación unívoca pretende abrochar el significante al significado, como si no existiera la barra de la represión entre ambos, y la interpretación equívoca propia de la hermenéutica se equilibra con la unívoca, pero con ello evita el deslizamiento del significante en aras de alcanzar el sentido (el significado). Pero el inconsciente sólo se expresa y se escucha a partir de la polisemia del lenguaje, y cuando le dan sentidos (significados a los significantes) se cierra. La interpretación psicoanalítica no puede ser ni un hábito ni una virtud (teórica y práctica), que constituya escuela, ya que la escucha del inconsciente al pie de la letra más bien promueve una *tejné-poíesis* siempre renovada; en realidad las diversas escuelas han surgido del distanciamiento o malversación del inconsciente freudiano, concebido como un lenguaje. En psicoanálisis no hay intérpretes por naturaleza ni paradigmas que aprender. El analista debe ser analizante, pasar por la transferencia del saber y la experiencia de la castración, la falta de saber sobre el goce, la articulación de su deseo y un nuevo posicionamiento ante su fantasma y su goce, a fin de asumirse como analista. Esto no significa que haga de su propio análisis un *clisé*, que de tanto circular, como las monedas, ya no diga nada. El psicoanálisis no es un arte en el sentido aristotélico, un método y un estilo, sino una *poíesis* al seno de la estructura lenguajera del inconsciente, en cuya lectura concluyen la lingüística estructural, la filosofía, la gramática, la lógica, el mito, la tragedia y la poética.

La “hermenéutica” positivista, de acuerdo con Beuchot, como promueve una sola interpretación no es estrictamente una hermenéutica, pues ésta postula la polisemia; los historiadores, positivistas y marxistas, sostienen conocer la realidad sin intervención de la interpretación, porque suponen hacer ciencia y no metafísica o ideología. La hermenéutica positivista no sólo afirma que sólo hay una interpretación válida sino que las demás son incorrectas. Se trata de una significación unívoca que postula la ciencia formato empírica. La formulación más extrema se da en el

positivismo lógico, que afirma que un enunciado es interpretado válidamente, que tiene un significado y una verdad que dependen de la experiencia, puesto que un enunciado es significativo si hay para él un adecuado procedimiento de verificación empírica o sintética, ya que la verificación conceptual es analítica o tautológica, desligada de la realidad. Pero el criterio de significado es inverificable empíricamente, además de tautológico, dado que carece de significado. No así la hermenéutica romántica, opuesta al positivismo, que concede predominio a la subjetividad, próxima a la subjetividad absoluta del idealismo. Un ejemplo es Schleiermacher quien toma la hermenéutica de Aristóteles y la aplica a la Biblia, desde una visión romántica. Pero en el romanticismo, en el que predomina el sentimiento frente a la forma, la hermenéutica romántica promueve el sentimiento: el texto y su contexto, el autor y su cultura, gracias a una inmersión empática en el mundo del autor, que parece objetiva, pero se realiza a través de la máxima subjetividad. La hermenéutica romántica —dice Beuchot— que se propaga en nuestros días en forma de equivocismo, conduce a un relativismo similar al del positivismo y cae en la univocidad. El romanticismo es la respuesta a las ciencias formales y naturales que promovía el positivismo, pero no contra las ciencias sociales nacies, que han sobrevivido envidiando e imitando a las ciencias positivas. El romanticismo y el positivismo son contemporáneos (surgen a principios del siglo XIX). El romanticismo nace como una reacción contra el racionalismo-empirismo de la Ilustración. El positivismo es una respuesta en contra del irracionalismo romántico. Mientras la “hermenéutica” positivista aspira a la máxima objetividad, la hermenéutica romántica pretende la máxima objetividad en la máxima subjetividad; la hermenéutica romántica es equivocista, privilegia la diferencia y la diversidad de las interpretaciones hasta el límite de lo incomunicable. Finalmente, el positivismo y el romanticismo son dos polos que se tocan.³

A fin de salir de los extremos, Beuchot propone una hermenéutica analógica para la que las interpretaciones no son equívocas ni unívocas, sino comunicables por su comunidad, aunque diversas, por conservar la particularidad del intérprete. Con la analogía aspira a poder escoger las más verdaderas. Beuchot no sostiene una sola interpretación como válida

sino varias, dentro de un límite, pero próximas a la verdad, para evitar el equivocismo de los relativistas que consideran que todas las interpretaciones no sólo son válidas sino complementarias. En la interpretación analógica hay un sentido relativamente igual (*secundum quid eadem*) pero en el que predomina la diversidad (*simpliciter diversum*) para los textos que lo comparten. En el modelo analógico la interpretación puede calificarse de inadecuada, pues la analogía tiende más a lo equívoco que a lo unívoco. La interpretación analógica surge de la conciencia de la diversidad de los significados e interpretaciones, pero sin renunciar a la uniformidad, a la conveniencia de algo estable y reconocible, para que no se pierda el conocimiento racional. El discurso analógico, como para Aristóteles y los medievales, es la estrategia de Beuchot para acotar el significado de manera aproximativa y delimitar la interpretación sin clausurarla. Por ello la interpretación analógica es conciencia de finitud y filosofía del infinito. Así lo expresa Beuchot: “Creemos que la postulación de la analogía es lo único que podrá salvar del monolitismo y del caos, esto es, del univocismo y del equivocismo. Ya de suyo la hermenéutica parece tender a un analogismo sano que evite esos extremos. Es la posición ya anunciada por Aristóteles (tan tomado en cuenta por Ricoeur para establecer la importancia de la analogía, en su obra *La metáfora viva*) y que fue desarrollada por toda una tradición (a la que pertenecen, como pilares, Tomás de Aquino y otros escolásticos). Es una línea de pensamiento que podrá evitar la bancarrota epistemológica que nos amenaza como reacción al positivismo cientificista antes reinante”.⁴

Valgan algunas precisiones. Con la hermenéutica analógica Beuchot se propone salir de los extremos de la univocidad y la equivocidad para no renunciar a la interpretación comunicable, que supone una comunidad de sentidos compartidos, aunque diversos, puesto que prevalece la particularidad del intérprete, a fin de poder elegir las interpretaciones más verdaderas. Pero la interpretación analítica no es una comunicación en la que intervengan sentidos compartidos sino un sinsentido que introduce el enigma, para que el analizante produzca asociaciones, analice el goce y llegue a cierta verdad sobre su deseo. La verdad en análisis está en el lenguaje mismo, porque la verdad habla. La interpretación analítica, en

función de abrir el inconsciente, no debe aspirar a la uniformidad, la estabilidad y el conocimiento racional, ni pretender la comprensión ni la explicación de las formaciones del inconsciente (sueño, lapsus, chiste y síntoma), sino señalar la falta de saber y de goce, es decir la castración. No así el discurso analógico, cuya estrategia pretende delimitar el significado, a pesar de que insiste en que la interpretación analógica es conciencia de finitud y filosofía del infinito, y en que sólo aspira a un sentido aproximativo que no clausura la interpretación. Estimo que las tesis de la hermenéutica analógica posibilitan un tipo de interpretación intermedia de los textos escritos y orales, y que tienden un puente entre el positivismo y el romanticismo, pero que se topan con no pocas y serias dificultades al tratar de aplicadas a la experiencia analítica, como le sucede a Ricoeur.

Pero sigamos a Beuchot. No obstante las interpretaciones pueden ser infinitas en función de los significados, la mente humana es finita (sólo conoce un fragmento finito de la interpretación). Este es un ámbito determinado por el contexto, la referencia, la comunidad, el diálogo interpretativo entre los intérpretes. Es la comunidad la que determina el segmento de interpretación que semióticamente se aproxima a la verdad. Lo que se busca es la *intentio auctoris* (intención del autor) de la exégesis medieval. Aunque también interviene la *intentio lectoris* (la intención del lector). Pero la *intentio textus* (la intención del texto), que es el híbrido del autor-lector recoge de manera predominante la del autor y dependiente de ella la del lector, que la enriquece sin deformada. Lo importante es evitar la extralimitación, tener presentes los límites y la finitud humana.

Considero que las interpretaciones suelen ser infinitas si la hermenéutica se limita a los significados, ya que siempre habrá un sentido más que extraer a un enunciado. No sucede lo mismo con la escucha analítica del significante, en la que el sentido se desliza hacia el sinsentido, cuyo límite es lo real, imposible de decirse y de interpretarse, el goce, que cae al apalabrado. En el análisis hay un punto de basta, que aunque imaginario, detiene el deslizamiento del significante al infinito: el corte de la cadena significante a través de la escansión de la sesión, el corte que introduce el significante de la falta en el Otro, la inconsistencia del orden simbólico, la castración del analista y del analizante, que evoca el objeto causa del

deseo. Desde luego que en el ámbito psicoanalítico existe una comunidad de analistas que discuten sus análisis en los ateneos clínicos, o que supervisan con otro analista la marcha de sus análisis, pero de la existencia de esta comunidad no se desprende que en la sesión analítica se apliquen los principios de la comunicación y el diálogo al discurso inconsciente, para acceder a esa verdad a medias del sujeto del inconsciente. En la experiencia analítica los límites están marcados por el lenguaje mismo, que se topa con lo real imposible de decirse.

La hermenéutica analógica, prosigue Beuchot, no puede ni debe reducirse a un método o técnica de interpretación, ya que es un modelo teórico de interpretación, que con sus presupuestos ontológicos y epistemológicos instaura una metodología. Por su variabilidad no se reduce al univocismo, y por su delimitación no se sostiene en el equivocismo; sin alcanzar la univocidad no se desliza hacia la equivocidad, por lo que proporciona un conocimiento plausible. Ello permite que no haya un solo significado para un término sino varios, pero no ilimitadamente. Quien determina la validez es el intérprete, en tanto sea apto para captar la intención del autor del texto, cuya intencionalidad es el criterio de verdad interpretativa. Los criterios de verdad pueden ser de coherencia, correspondencia o pragmático (que supone los dos primeros). Interpretar la intención del autor pertenece a una verdad pragmática, para la que es útil el diálogo y el consenso. Aunque Beuchot estima que prefiere dirigirse a la intención del texto, a la conjunción de la intención del autor y el lector. Para lo cual busca un equilibrio en el que domine la intención del autor, el lado de la objetividad. Una interpretación no es sólo objetiva ni subjetiva, pues hay una mezcla de las dos, en la que predomina la subjetividad sin renunciar a la verdad textual. El criterio de verdad de la interpretación es la intención del autor, que no se alcanza en definitiva. Como lo que se da al final del proceso es lo que estaba al comienzo, se rompe el círculo hermenéutico, al tiempo que se superan los presupuestos y prejuicios. La interpretación progresa en la medida en que cada acto hermenéutico aporta un resultado distinto al del comienzo. Para depurar la objetividad alcanzable y evitar la pura subjetividad está la intersubjetividad, el diálogo comunitario e intercomunitario. Esto no evi-

ta el conflicto de las interpretaciones, pero se puede evitar el solipsismo que es univocista y el relativismo que es equivocista, que son extremos que se tocan. La hermenéutica analógica tiene en cuenta la tradición sin excluir la creatividad, ya que postula la interpretación misma como una actividad creativa. Además de que asume una posición crítica ante la tradición.

Veamos algunas contradicciones. Por un lado recomienda Beuchot los buenos paradigmas de interpretación y por otro afirma que la hermenéutica analógica no es método ni técnica. Esta contradicción es más evidente cuando más delante sigue los pasos de Ricoeur para verificar una buena interpretación analítica. Que la validez de la interpretación la determine el intérprete, apto para captar la intención del autor del texto, es un postulado que le supone un saber al intérprete (analista) por encima del autor (paciente), con lo que coloca a la hermenéutica analógica en el discurso del amo, donde el analista sabe lo que le pasa y es bueno para el esclavo (paciente). En el análisis no privan los criterios de verdad a partir de la coherencia, la correspondencia o la pragmática, ya que mientras los dos primeros se contraponen a la imposibilidad de abrochar el significante al significado, el tercero no sólo es contrario al propósito del análisis, que no es la mejoría del paciente, sino a su proceder, que no se basa en el diálogo y el consenso. A pesar de que Beuchot prefiere dirigirse al texto, a la intención del autor y el lector, y de que afirma que la intención del autor no se alcanza por completo, no opta por leer el texto al pie de la letra como recomiendan Freud y Lacan. Mientras por un lado afirma que el equilibrio es posible si domina la intención del autor, la objetividad, por otro sostiene que la interpretación es una mezcla entre la interpretación objetiva y la subjetiva, en la que predomina la subjetividad sin renunciar a la verdad del texto. Toda esta ambigüedad se debe a que la hermenéutica, incluso la analógica, se limita a la lectura del significado del texto, tratando de comprenderlo y explicarlo dándole sentido. Al afirmar que lo que se da al final es lo que estaba en el comienzo, rompiéndose el círculo hermenéutico, superando prejuicios, Beuchot busca el sentido presupuesto por la correspondencia entre los hechos y la teoría, sin dejarse sorprender por el hallazgo que produce la emergencia del incons-

ciente (en el analizante y el analista) que hace escuchar otra cosa en lo mismo que se dice. La experiencia analítica tiene tras de sí la tradición freudiana, pero desde el retorno de Lacan a Freud, la interpretación puede ser concebida como una *tejné-poiesis* en permanente renovación.

Para Beuchot el modelo analógico di rime la pugna entre la hermenéutica y la pragmática (heredera del positivismo y su consecuencia, la filosofía analítica), que opta por la objetividad, y le apuesta a captar la intención del autor, el significado del hablante (*speaker's meaning*). No así la hermenéutica, que como heredera del romanticismo privilegia la subjetividad y renuncia a la objetividad pura. Como Dilthey, prioriza el *mundo de la vida* que se expresa en el texto y lo aborda a través del sentimiento o empatía (*Gefühl*); mientras las ciencias naturales pretenden explicar, las ciencias del espíritu aspiran a comprender. Aunque Ricoeur y Gadamer interrogan esta dualidad, no promueven la fusión de la comprensión y la explicación. Por ello, Beuchot identifica a la hermenéutica analógica más cerca del equívoco que de lo unívoco, más comprensiva que explicativa. No obstante, volviendo a Ricoeur, Beuchot sostiene que la comprensión encierra en sí misma la explicación.⁵

A pesar de que Beuchot estima que el modelo analógico resuelve la pugna entre la hermenéutica y la pragmática del positivismo y la filosofía analítica, que suponen alcanzar la objetividad a través de obtener la intención del autor, el significado del hablante (*speaker's meaning*), estimo que no logra superar su originaria posición como filósofo analítico, que le impele a pugnar por la objetividad y a tratar de alcanzar la intención del autor, incluso en el ámbito de la experiencia analítica, que no trabaja con la intencionalidad de la conciencia del analizante, sino con el sujeto del inconsciente, que es atravesado por el discurso del Otro, por lo que en lugar de hablar es hablado. Aunque tratando de mediar recurre a la herencia romántica de la hermenéutica que privilegia la subjetividad y renuncia a la objetividad pura. Pero se trata de un privilegio de la subjetividad en términos del predominio del intérprete, que es quien introduce los significados al interpretar el texto. Pero el papel del analista no es comprender nada que esté más allá del discurso del analizante, ya que lo que se privilegia en la experiencia analítica es el orden simbólico que apunta a

lo real y que está más allá de los sujetos implicados en la relación analítica, en la medida en que ambos son atravesados por el sujeto del inconsciente.

2. Sobre la verdad hermenéutica del psicoanálisis

Tanto para Beuchot como para Ricoeur, la hermenéutica aspira a *situar* lo que *comprende*: el *texto* y el *contexto*. El texto es el objeto de la interpretación y la comprensión. Como Ricoeur amplía la noción de texto más allá de lo escrito, hacia lo hablado, el diálogo vivo (como Gadamer), la acción y el acontecimiento, la hermenéutica es aplicable al diálogo psicoanalítico entre el analizante y el analizado, en el marco de la transferencia. De modo que el texto de la experiencia analítica es objeto de la acción hermenéutica a través de cuatro operaciones:

1. El *distanciamiento* hermenéutico del intérprete frente a su texto, a través del que se reconoce una triple autonomía: ya no pertenece a la intención del autor, en tanto expuesto a otros intérpretes, ni a su cultura, puesto que lo puede interpretar alguien ajeno a ella, como tampoco a sus destinatarios originales. Las malas interpretaciones se pueden evitar gracias a un distanciamiento psicológico y social de la finalidad del autor del texto. Un distanciamiento que permite alcanzar la objetividad en la interpretación. El analista está frente a expresiones que no podrá comprender plenamente.

Sin embargo, en la experiencia analítica es del orden imaginario del que hay que tomar distancia, de la búsqueda de sentidos (significados) que se supone subyacen en el texto o están más allá de él. El análisis no tiene otro medio para privilegiar el discurso que renunciar a la objetividad en términos de abrochar el significante al significado. Además, que el analista no está ahí para comprender los decires del analizante, sino para escuchar al pie de la letra lo que se escribe de significativo en el discurso inconsciente.

2. El *acercamiento* por el que nos exponemos al texto y nos aproximamos con nuestra subjetividad. Se trata de un momento subjetivo pero

restringible en función de la objetividad, hasta poder tomar conciencia de nuestros condicionamientos subjetivos, psicológicos y sociales; por ello el proceso de descontextuación (distanciamiento) y el de contextuación (aproximación) al texto. Y es que el analista se da cuenta de que siempre se escapa su subjetividad a través de la contratransferencia, por lo que tiene que conocer mejor su subjetividad para alcanzar la objetividad.

Pero en la experiencia analítica lo que el analista debe aproximar es el oído. Asimismo, debe analizarse y supervisar para afinar su escucha, a fin de poder leer lo que se va dejar oír, pero no en aras de una supuesta objetividad. Y en lo que respecta a la contratransferencia, dado que pertenece al registro imaginario, debe ser sustituida por el deseo ético del analista, que en tanto no desea nada, posibilita que aflore el deseo del analizante.

3. La aproximación de la *comprensión* y la *explicación* en la captación del sentido del texto. Al comprender los múltiples sentidos del texto se logra una “explicación estructural”, como la del estructuralismo de Saussure o la de las matemáticas, en los que confluyen la comprensión y la explicación.

Mas el análisis no tiene por meta la comprensión y la explicación del sentido del texto, sino indicar a través del enigma el objeto que es causa del deseo y promueve el discurso por el que el sujeto se historiza, gracias a una ética por la que el sujeto puede identificarse con la causa de su deseo como falta, cuya insistencia abre la consonancia poética del decir con el goce.

4. La apertura del texto al referente. En la interpretación hay un momento de sentido y de referencia. El sentido surge de la organización interna de la obra, que el intérprete delimita y cierra. El referente se da en la búsqueda del mundo del que la obra trata. Puede ser un mundo real, referente al ser, o el mundo de la ficción y el poder ser, o del querer ser y deber ser dirigido hacia la ética y la moral. En la experiencia psicoanalítica el analista encuentra, gracias a la reconstrucción del sentido del analizado que se despliega desde su inconsciente, un mundo al que se dirigen sus deseos.

Mientras el proyecto de la hermenéutica analógica es extraer el sentido para acceder al referente, en la experiencia analítica la interpretación no se dirige al sentido sino a la verdad del sujeto del inconsciente, verdad a medias, autenticada por el referente de la situación analítica: el orden simbólico. Creo que en el propósito del intérprete de organizar la obra y cerrada, subyace el proyecto de clausurar el inconsciente, en tanto que no-saber del que no se puede saber todo, además de que supone que el analista es el sujeto de un saber superior que lo coloca en el lugar de la verdad. De lo que trata el sujeto del inconsciente en la experiencia analítica es de apalabrar el goce que se produce y escapa en el decir, y que se dirige al objeto innombrable, perdido para siempre, que es causa del deseo.

De estas cuatro operaciones Beuchot concluye que se puede hablar de una verdad hermenéutica en el psicoanálisis. Una verificación que como no puede seguir los modelos de otras disciplinas, tiene que realizarse en el marco de la hermenéutica. La prueba de verificación del psicoanálisis es la mejoría del analizado; no como un puro resultado utilitario, sino incluyendo otros criterios como la coherencia de la narración del analizado a través de la interpretación basada en la teoría general, la admisión de la interpretación del texto narrado y actuado por el analizado, así como la incidencia de la interpretación en la conducta y la vida del analizado, retornando el primitivo sentido freudiano del éxito de la cura, como aumento de la capacidad de trabajar y amar (*arbeiten und lieben*). Todo ello en su conjunto da cuenta de la pertinencia de las hipótesis interpretativas del analista. Así, sólo en sentido hermenéutico se puede hablar de verificación y verdad en psicoanálisis. Insiste Beuchot: "...la epistemología que más cuadra al psicoanálisis está en el ámbito de la hermenéutica... Es el poder de reconstruir la trama de una vida como una narración coherente, lo que ayuda al analizado. Sus bloqueos y confusiones le impiden ver esa trama, y el analista tiene que llevar a cabo la humilde y paciente labor de ir entretejiendo los cabos sueltos. Para ello se necesita de la interpretación, de la fina dialéctica que se entabla entre el comprender y el explicar, de modo que la comprensión del sentido de una vida llegue a ser explicación de los puntos ciegos en los que se ha tropezado, y pueda levantarse,

y seguir. Es el paradigma hermenéutico, sobre todo en su modalidad analógica, que busca esa unidad y coherencia respetando la diversidad y la di-versión o vueltas que ella contiene. De esta manera, analógicamente, recuperará una trama lo más unitaria que sea posible, pero a la vez lo más amplia y diferente en los distintos y múltiples sesgos que la configuran”.⁶

Beuchot, al lado de Ricoeur, se apresura a sostener una verdad hermenéutica en el psicoanálisis, dando como prueba pragmática de verificación la mejoría del analizado. Sobra decir que la desaparición de síntomas, desde Freud, puede jugarse en el campo de la sugestión, o para satisfacer al analista e incluso para no seguir analizándose. El propósito del análisis no es la cura en términos de mejoría y salud; lo que se llama la dirección de la cura es el proceso por el cual el analizante pasa por los desfiladeros del significante, para apalabrar el goce y el objeto innombrable que es causa del deseo e historiza al sujeto. En el análisis es la puesta en acto de la palabra a través del goce de la palabra la que permite colar lo real del síntoma que mortifica al analizante. Que Beuchot agregue otros criterios como la coherencia en la narración del analizado a partir de la teoría general, la admisión de la interpretación por el analizado y la influencia de la interpretación en la vida del analizado, en la capacidad para trabajar y amar, no resuelve el abismo entre hermenéutica y psicoanálisis. La coherencia en la narración del analizado a partir de la teoría es una construcción del analista para llenar las lagunas de una historia que se quiere sin discontinuidades, sin vacíos de sentido y saber, en suma sin inconsciente; basta decir que a lo largo de la historia de la experiencia analítica la correspondencia entre la narración y la teoría ha mostrado que por la divulgación del psicoanálisis las interpretaciones no sólo dejaron de producir efectos y de sorprender al inconsciente, sino que agravaron a los analizantes. Desde el momento en que la hermenéutica, también la analógica, tiene por finalidad darle significados desde la teoría al texto del analizante, se presenta el problema de la aceptación de la interpretación, y la salida en falso de la supuesta resistencia a la misma. No sucede lo mismo cuando lo que se devuelve al analizante es lo que le está diciendo su inconsciente, al pie de la letra, pues ya no puede atribuirle al analista lo que se le ha salido al analizante por su propia boca, ni tampoco

desdecirse. Además, la influencia de la interpretación en la vida del analizado no sigue parámetros de conducta, pues podría suceder que el analizante actúe para el analista; si el análisis influye en la vida del analizante es en términos de deseo y sublimación, que posibilitan no que viva feliz sino que esté feliz de vivir, con todo lo que la vida tiene de placer y dolor.

Beuchot retoma la doble lectura de la epistemología freudiana, como ciencia natural y disciplina de la interpretación, para compartir la verificación de los conocimientos y resultados psicoanalíticos, ya que esta validación es necesaria para concederle cientificidad al psicoanálisis. Una verificación que no es la empírica de las ciencias físicas, o la del positivismo lógico que se continúa en la filosofía analítica, sino una verificación hermenéutica.⁷ Beuchot, aliado de Ricoeur, postula que el psicoanálisis posee una raíz hermenéutica incuestionable, o que en última instancia no se reduce al modelo de la ciencia positiva. El psicoanálisis es una disciplina (ciencia-arte) interpretativa, una hermenéutica, en la que también se busca la verdad, a través de un tipo de verificación, comprendiendo el sentido mediado por la reflexión. Una verificación contextualizada del sujeto en su proceso, gracias a una *tejné* que interpreta la verdad semántica de los enunciados, en el marco del contexto del discurso, texto o acción. Una hermenéutica mediatizada por la reflexión, en la que la comprensión es explicación y lo científico es lo histórico, que no anula la predicción, la aceptación y la cura del paciente. A partir de Ricoeur la experiencia analítica está más cerca de la comprensión histórica que de la explicación de las ciencias naturales. La teoría psicoanalítica es la codificación de la experiencia analítica, de la que se extraen los hechos observables y la verificación, atendiendo a los cuatro criterios surgidos en la situación analítica de acuerdo con Ricoeur: 1) basarse en lo que es dicho; 2) atenerse a lo que es dicho a otra persona en relación transferencial; 3) considerar la coherencia y la resistencia de las manifestaciones inconscientes que constituyen la realidad psíquica, en contraste con la realidad objetiva; y 4) seleccionar lo que constituye la historia o narración. En la experiencia analítica la teoría sirve para interpretar, para traducir el lenguaje inconsciente al consciente. Ésta es la forma en que se lleva a cabo una herme-

néutica o interpretación. Como lo que se comunica en análisis es una narración, la verdad de la historia clínica se reconstruye a partir de los datos aislados hasta que alcancen la coherencia y la referencia dentro del contexto en que se narra. El discernimiento entre lo mítico y lo verdadero, se logra a partir de que la vida del sujeto se reestructura, es decir, deja de ser extraña y fragmentaria.

Veamos algunas objeciones. 1) El análisis no sólo trabaja con lo que es dicho, pues el discurso del analizante siempre apunta a lo indecible del goce, lo real, el sinsentido. 2) La experiencia analítica no se reduce a un diálogo intersubjetivo, sin considerar el código, el otro de Freud y el Otro de Lacan

(Orden simbólico), ya que el analizante no le habla al analista sino ese Otro, como alteridad radical que trasciende el orden imaginario entre semejantes; dado que la palabra no se origina en el yo sino en el Otro, el lenguaje está más allá del control consciente, por lo que el inconsciente es el discurso del Otro; en consecuencia la transferencia no es el amor imaginario al analista sino al sujeto-supuesto-saber que él sostiene. 3) La realidad psíquica refiere al fantasma, que se opone a la realidad, pues es una ilusión y una escena de la imaginación que dramatiza un deseo inconsciente del sujeto; el fantasma protege de la castración, de la falta del Otro y en el Otro, que le permite al sujeto sostener su deseo. 4) Basarse en la narración es reducir el análisis al registro imaginario del sujeto, a la novela familiar; dad e coherencia a las historietas del sujeto para otorga de sentido a su vida es cerrar el inconsciente y agravar al paciente. Con Lacan, asumo que los recursos del analista y del analizante no son los del escritor en general sino los del poeta, ya que beben de la misma fuente: la estructura poética del lenguaje. Lo que introducen Freud y Lacan es el anudamiento de la lectura y la escritura de la palabra en la experiencia analítica misma. La novela del analizante responde a la estructura gramatical del mundo, que es pulsional, por ello se requiere integrar la narración a la pulsión.

Asimismo, estimo que con la verificación de los conocimientos y los resultados psicoanalíticos, que toma Beuchot de Ricoeur en aras de hacer corresponder los hechos psicoanalíticos a la teoría, para equiparar

estructuralmente la relación teoría-hecho de las ciencias positivas, no logra emanciparse del modelo de la ciencia positiva y su heredera la filosofía analítica. No obstante, Beuchot insiste en que la verificación psicoanalítica no se lleva a cabo a partir de las ciencias físicas ni el positivismo lógico. Sin embargo, la búsqueda de un referente real, la interpretación de la transferencia en términos imaginarios, la coherencia que se pretende dar a la narración del analizado y los efectos pragmáticos en términos de mejoría e incidencia en la vida del paciente, son producto del compromiso teórico de hacer corresponder estructuralmente los hechos a la teoría, teniendo como paradigma estructural a la ciencia positiva. De lo anterior no se desprende que invalido el deseo de hacer del psicoanálisis una ciencia; lo que pongo en cuestión es la imposibilidad de poder tomar distancia de la ciencia positiva, para atreverse a construir una nueva ciencia, que aunque apele a otras disciplinas para fundamentar su discurso (como Freud y Lacan), no se someta a los parámetros positivos tradicionalmente plausibles para convalidar la científicidad del psicoanálisis. Aunque sostengo que hay una dimensión poética del psicoanálisis, no coincido con Beuchot en que es ciencia y arte.

Ciertamente, Lacan al final de su enseñanza, llega a decir que el psicoanálisis es un delirio científico. Pero decir que el psicoanálisis es un arte plantea serias dificultades, pues supone el registro imaginario, la intuición, el método, la técnica y el estilo, en lugar de una *tejné-poiesis* siempre renovada. El psicoanálisis no es una hermenéutica ni se guía bajo sus postulados, porque no busca la verdad sino que la encuentra en la emergencia del inconsciente; como tampoco es una verificación a partir de comprender y explicar el sentido mediado por la reflexión, ya que tanto la asociación libre del analizante como la atención flotante del analista la excluyen. Me parece un contrasentido que para la verificación contextualizada del sujeto en su proceso, Beuchot apele a una *tejné* que interpreta la verdad semántica de los enunciados del sujeto, en el marco del contexto del discurso, pues es a partir de una *tejné* que la verdad no puede ser una semántica que otorgue sentido al decir del analizante, clausurando ese no-saber que es el inconsciente. Mientras la hermenéutica está mediatizada por la reflexión, la experiencia analítica está atravesada por el inconscien-

te que apunta a ese real de goce del que la ley de la cultura, de la prohibición del incesto, el lenguaje y las relaciones de parentesco y linaje nos ha exiliado de la naturaleza. Es la reflexión, forzosamente injertada en la experiencia analítica, la que lleva a Beuchot de la mano de Ricoeur, a sostener que el análisis requiere de la comprensión y la explicación histórica, la coherencia narrativa, la predicción, la aceptación del paciente y su cura.

Sin embargo, Beuchot toma puntualmente de Ricoeur sus cuatro criterios para determinar lo que es una buena comprensión y explicación psicoanalítica: 1) debe ser coherente con la teoría de Freud o de la escuela respectiva; 2) ha de satisfacer las reglas universalizables de la interpretación para la decodificación del texto inconsciente; 3) tiene que ser integrable a la conducta del analizante, como factor terapéutico; y 4) debe producir una historia clínica en el marco de la inteligibilidad narrativa, como una verdad que es contextualizada e integrada pragmáticamente a la vida del sujeto. Se trata de una hermenéutica científica cuya verificación se da en el campo de las ciencias humanas, que alcanza la explicación como comprensión de las causas de la conducta humana. La verificación o falsación busca una verdad hermenéutica, contextual, en el marco de la coherencia del texto a interpretar de conformidad con la teoría psicoanalítica. La verdad en base a la correspondencia es discutible en el proyecto de Ricoeur, aunque queda determinada por el texto y el contexto. En tanto que la verdad pragmática es extratextual, pues se basa en el éxito terapéutico del análisis.⁸ Como Beuchot sigue las tesis de Ricoeur, es comprensible el acuerdo mutuo sobre la episteme hermenéutica del psicoanálisis.

Permítanme insistir: 1) Que la comprensión-explicación deba ser coherente con la teoría, es lo que a lo largo de la historia de la experiencia analítica condujo a la ineffectividad de la interpretación, a su vulgarización y a efectos clínicos devastadores. 2) Es la universalización de la interpretación la que ha estado en cuestión a lo largo de la experiencia psicoanalítica. La reflexión sobre los contenidos del discurso del inconsciente está muy lejos de la interpretación como formación del inconsciente, en tanto que encuentro entre la asociación libre del analizante y la

atención flotante del analista, pues ambas actividades son inconscientes, y dar lugar a pensar en una dimensión poética del psicoanálisis. 3) Existe una contradicción al afirmar al mismo tiempo que la cura no es un concepto médico y la mejoría del paciente es una pauta de una buena comprensión psicoanalítica. 4) En lugar de partir de las estructuras clínicas, Beuchot y Ricoeur se elevan de las historietas del analizante a la coherencia narrativa, para darle consistencia a la interpretación y equilibrar las energías libidinales. Todo con el fin de demostrar que el estatuto epistemológico del psicoanálisis se sostiene en el marco de sus procedimientos, que la teoría es la codificación de la experiencia analítica, comparable a lo que el empirismo lógico llama observables, que el análisis responde a la exigencia de tener resultados a partir de la relación entre la teoría y los hechos del psicoanálisis, que responde a la misma estructura que las ciencias naturales y que la experiencia analítica comparte con la hermenéutica sus modos de comprender y dar sentido al malentendido a través de una lógica del doble sentido.

Todo lo anterior responde a que Beuchot comparte con Ricoeur una concepción del inconsciente como un depósito de representaciones reprimidas que pugnan por emerger a la conciencia, pero que se topan con la represión y las resistencias. Por ello se propone comprender y explicar desde su hermenéutica analógica el contenido latente que se esconde tras el manifiesto, para hacer consciente lo inconsciente, lo que significa obturar el no-saber con el saber del analista sobre lo reprimido, en función de darle coherencia a la fragmentaria vida del paciente y con ello alcanzar su mejoría, lo que se convierte en una de las pruebas de verdad y bondad de la interpretación.

No obstante todos los obstáculos que he venido exponiendo para hacer del psicoanálisis una hermenéutica, estimo que se pueden hacer algunas consideraciones, no para hacer de la experiencia analítica una hermenéutica particular, sino para que la hermenéutica acepte que no hay continuidad entre sus postulados y la experiencia psicoanalítica, y con ello no sólo logre establecer las diferencias insuperables entre ambos discursos sino un diálogo fructífero para la propia hermenéutica con el discurso psicoanalítico:

1) La hermenéutica analógica requiere superar la añeja concepción del inconsciente, y acercarse a la concepción freudiana-lacanianana del inconsciente estructurado como un lenguaje, que se actualiza en relación con el Otro del discurso, en dependencia del goce del cuerpo que se produce y escapa en el decir, de modo que la interpretación privilegie el enigma que señala el objeto innombrable que es causa del deseo y anima la estructura discursiva por la que el sujeto se historiza, haciendo coincidir la lectura con la escritura, gracias a una ética a través de la que el sujeto se identifica con la causa de su deseo como falta, que abre la consonancia del decir con el goce, por medio de una ética del bien decir, y en la que el analista no es el sujeto de un saber que lo coloca como amo de la verdad, sino que se borra como sujeto y se supedita a la “función del deseo” del analista (no desear nada para que surja el deseo en el analizante).

2) La hermenéutica analógica debe privilegiar en serio el equívoco, la ambigüedad del lenguaje, la función de una poética del significante, dado que es la forma en que trabaja el inconsciente y su interpretación, en la que coinciden la asociación libre del analizante y la atención flotante del analista.

3) Ya que la equivocidad en la expresión oral se produce por el deslizamiento del significado bajo el significante, la hermenéutica analógica debe renunciar a darle significados al discurso del inconsciente, para evitar clausurarlo, en lo que tiene de no-saber, pues es la ambigüedad propia del lenguaje la causa del inconsciente.

4) Si la interpretación es una formación del inconsciente, a través de la que el analista en atención flotante escucha lo que se escribe de significante a partir del sujeto del inconsciente, la hermenéutica analógica debe abandonar la posición reflexiva del analista como amo del saber, ya que la verdad a medias del inconsciente emerge en el orden simbólico mismo.

5) Dado que la hermenéutica analógica asume una posición entre lo unívoco y lo equívoco, debería explorar las posibilidades de lo multívoco, lo que la aproximaría a una lectura poética de la experiencia psicoanalítica.

6) Como la vulgarización del psicoanálisis ha convertido la técnica psicoanalítica en cliché, la hermenéutica analógica debería explorar más

en una *tejné-poíesis*, que en un modelo que hace coincidir la palabra del analizante con una teoría preformada, que se aferra a penetrar en la inteligibilidad del discurso inconsciente.

7) La hermenéutica analógica no debe tomar demasiado en serio las tesis de Ricoeur, quien propone una comprensión y explicación psicoanalítica de un caso clínico como una elucidación narrativa, en base a conexiones causal es entre los segmentos inconexos de las historietas del paciente, para integrarlas en una estructura narrativa comprensible, en un proceso unificado que al darle secuencia a los eventos llena las lagunas de no-saber, propias de la naturaleza del inconsciente, lo que es propio del trabajo de un historiador pero no de un analista.

8) La hermenéutica analógica requiere ir más allá de Ricoeur, quien se ha quedado a la zaga de las reflexiones, correcciones e innovaciones que se produjeron tanto en la teoría y la experiencia de Freud como en la enseñanza de Lacan desde su renovado retorno al campo freudiano.

Notas

1. Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, México, UNAM, 1997, pp. 11-12.

2. *Ibid.*, p. 19.

3. *Ibid.*, pp. 33-37.

4. Mauricio Beuchot, *Posmodernidad, hermenéutica y analogía*, México, UIC-Porrúa, 1996, p. 45.

5. Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica, op. cit.*, p. 45.

6. *Ibid.*, p. 126.

7. Mauricio Beuchot, «La verdad hermenéutica en el psicoanálisis», en *Hermenéutica, lenguaje e inconsciente*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1989, p.141.

8. *Ibid.*, p. 159.